

NO FICCIÓN

# Mujeres en conflictos

Christiane Félip Vidal



  
cocodrilo  
ediciones

Christiane Félip Vidal. Máster en Literatura Iberoamericana de la Universidad de Montpellier, Francia. Estudió Didáctica de las lenguas en La Sorbonne, Francia. Enseñó lengua, literatura y animación en el Taller de Escritura en el Colegio Franco Peruano. Actualmente, se dedica a la formación de docentes en lectura literaria, traducción e interpretación de obras literarias y a escribir. Ha publicado el libro de relatos Descuentos (2004); El refranero soltando gallos (2008); la antología de minificciones con Cucha del Águila, Basta, 100 mujeres contra la violencia de género (2012). Asimismo, las novelas El silencio de la estrella (Lima, 2009, 2015; Francia, 2015), El canto de los ahogados (2012), La flor artificial (novela escrita a cuatro manos con Sophie Canal, 2016), Los espejos opacos (2018). Cuentos suyos han sido publicados en diversas antologías.

Christiane Félip Vidal

**MUJERES  
EN CONFLICTOS**



*Mujeres en conflictos*

©2022, Christiane Félip Vidal

©2022, Contratapa Proyectos Culturales S.A.C., para su sello Cocodrilo Ediciones

Jr. Nicolás de Piérola 451, urb. Liguria, Surco, Lima, Perú

cocodriloediciones@contratapa.pe

www.cocodriloediciones.com

Dirección editorial: Contratapa Proyectos Culturales

Diseño de portada: Mario Vargas Castro

Primera edición digital: febrero de 2022

Serie Invasoras

ISBN: 978-612-48543-3-0

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio físico o digital, sin el permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

## Introducción

Hagamos memoria con algunos nombres de mujeres corresponsales de guerra del siglo XX: Carmen de Burgos, Marina Ginestá, Gerda Taro, Martha Gelhorn, Mary Welsh, Elisabeth (Lee) Miller, Catherine Leroy, Marie Colvin, y tratemos de ver lo que más se recuerda de ellas:

A Carmen de Burgos, por firmar sus reportajes como «Perico de los Palotes»; a Marina Ginestá, por su romance con Ramón Mercader, futuro asesino de Trotsky; a Gerda Taro, por ser pareja de Robert Capa; a Martha Gelhorn, por ser la tercera esposa de Ernest Hemingway; a Mary Welsh, por ser la cuarta; a Lee Miller, por la foto que le sacaron en la bañera de Hitler; a Catherine Leroy, por ser pianista, y a Marie Colvin, por su parche en el ojo.

Opacadas por la fama de un compañero sentimental, un detalle físico, un seudónimo proverbial o una foto en su época provocadora, solo queda de ellas el aspecto anecdótico que invisibiliza su labor profesional de corresponsales. Quizás ellas, como todas las demás, aún estén presentes en la memoria periodística, pero en las retrospectivas sobre las mejores fotos de conflictos del siglo XX, las mujeres no llegan ni a cinco.

Sin embargo fueron muchas. Cubrieron la Guerra de Melilla, la Primera y Segunda Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la Guerra Civil Española, Indochina, Vietnam, la guerra de Argelia, Irak, la guerra del Golfo, los conflictos israelíes-palestinos, conflictos en Ruanda, en Sierra Leone, en Timor, en Bosnia, en Chechenia, en Afganistán, en Kosovo, en Sri Lanka, en Siria, en Etiopía, la invasión norteamericana en Panamá...

En el Perú, en las últimas décadas del siglo XX, cuatro reporteras y dos fotorreporteras cubrieron también conflictos bélicos en el Oriente Medio, en Bosnia, Kosovo, Afganistán, Irak, Israel y Palestina, El Salvador, Nicaragua, Panamá, así como la guerra interna que desangró el país.

Testigos de lo insoportable, arriesgaron sus vidas para captar trozos de la Historia en los que la insensatez, la crueldad y la barbarie humana interpelan las conciencias. Para que sepamos. Para dar un mensaje de razón. Para que no olvidemos lo que el tiempo tiende a borrar, y las distancias, a ignorar. Y lo vivieron como una misión.

Le pusieron rostros y nombres a las tragedias que presenciaron dando muestra de la increíble resistencia humana frente al dolor y a los intentos de destruir la dignidad. Reportaron con crudeza pero decencia. Y lo hicieron con pasión.

Ganaron premios de los que nunca hicieron gala. Su interés no radicaba en un cartón sino en dar cuenta de lo que vieron, de lo atroz, pero también de lo hermoso de algunos actos que generan las guerras.

Lo suyo fue y sigue siendo un periodismo con mayúscula.

Este libro es un homenaje a las reporteras Patricia Castro Obando, María Luisa Martínez, Mariana Sánchez Aizcorbe, Mónica Seoane, y a las fotógrafas Vera Lenz y Morgana Vargas Llosa.

CHRISTIANE FÉLIP VIDAL

## Ellas, reporteras de guerra

*¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos?...  
Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida...*

SVETLANA ALEXIÉVICH, PERIODISTA, NOBEL DE LITERATURA 2015

Patricia Castro Obando afrontando el peligro talibán enfundada en una «burka»; Vera Lentz legitimando con imágenes masacres inauditas en Ayacucho; María Luisa Martínez cubriendo la desmesurada invasión norteamericana a Panamá y la cruel matanza de Accomarca; Mariana Sánchez Aiscorbe con casco y chaleco antibalas en el centro de la guerra de Kosovo y Serbia; Mónica Seoane reportando y fotografiando en Nicaragua, El Salvador, Ayacucho; Morgana Vargas Llosa describiendo la huida desesperada de miles de albaneses perseguidos por los serbios y, en Irak y la Franja de Gaza, atestigando con sus fotos las crónicas de su famoso padre...

Conocíamos parcialmente de sus experiencias y de sus comprometidos lances como reporteras de guerra a través de breves entrevistas recogidas por colegas. Pero hacía falta que alguien sintetizara tantos sucesos y acciones en lo que el famoso Pérez Reverte llamó «territorio comanche» de los corresponsales, esto es, aquella zona o tierra de nadie en que los periodistas se juegan la vida para informar mejor lo que está pasando allí y que muchos, incluyendo los editores, consideraban que era territorio exclusivamente masculino.

Christiane Félip Vidal, profesora de literatura, literata de renombre, también se sorprendió al comprobar que esas historias no hubieran sido resaltadas como se merecían, y decidió contarlas premunida de las herramientas literarias que maneja con soltura y talento. Egresados del colegio Franco Peruano la recuerdan como la profe más eficaz y entretenida porque sus talleres literarios los hacía llevando a sus alumnos a los lugares frecuentados por los autores que estudiaban. El resultado es que ninguno ha olvidado nunca al autor... y menos a la profesora. Pero ella además escribía

cuentos, avanzando hacia la novela y ha publicado varias, y, vale la pena citarlo, pese a que su idioma natal es el francés prefiere utilizar el castellano para su obra literaria.

Que sepamos, ninguna de las reporteras que investigó y reportó ha publicado textos testimoniales. Puede ser porque los periodistas, por razón de su oficio, escriben sobre los demás, rara vez sobre ellos mismos y menos sobre los colegas. Cuando me inicié en el periodismo era muy raro encontrar historias de cómo un reportero había logrado, por ejemplo, conseguir una noticia exclusiva, el esfuerzo realizado, la satisfacción del éxito. A lo más conocíamos el nombre, los autores de presuntas hazañas como la del aventurero Henry Morton Stanley buscando al Dr. Livingston en el África lejana y peligrosa, jugándose la vida por la primicia encargada por un editor neoyorkino.

¿Y mujeres reporteras, cazadoras de noticias a la par que sus colegas varones? ¿No existían?

En aquellos nuestros iniciales años 50, la guía máxima era el indispensable texto *Manual del periodista. El repórter y las noticias* de los norteamericanos Philip Porter y Norval Neil Luxon, traducido y editado en La Habana, en 1943, y que nos guiaba con mano segura por la teoría del periodismo.

La cita viene a cuento porque de sus casi 500 páginas solo dedica una, rara para entonces, a la «Intervención de las mujeres» en el periodismo norteamericano: «El trabajo periodístico tiene tales exigencias físicas que muchas mujeres que pueden aprender o ejecutar ordinariamente otro oficio, no pueden resistir aquel. Su ritmo general —como el factor de ‘lucha contra el cierre’ siempre presente— es tal como para excluir de este trabajo a muchas mujeres a causa de su temperamento nervioso». Y finaliza diciendo que «mejor harían en quedarse en las Escuelas de Arte...».

Pero nuestros autores estaban mal informados o su acendrado prejuicio los llevó al error. Porque es imposible que no supieran de las hazañas de la intrépida Nellie Bly (pionera del periodismo gonzo) y Elizabeth Bisland, dando la vuelta al mundo en disputa reporteril para batir el récord que Julio Verne inventó para Phineas Fogg, que datan de 1889.

Tampoco recordaron que cuando el legendario John Reed viajó a la lejana Rusia para la cobertura de la revolución bolchevique encontró que ya estaban en San Petersburgo las reporteras Louise Bryant, la tenaz Rheta Childe Dorr, sufragista, que entrevistó a León Trotsky para el *New York Evening Mail*, Bessie Beatty que en 1918 publicó en Nueva York el libro *El corazón rojo de Rusia* sobre su experiencia, y la española Sofia Casanova, enviada especial del diario *ABC* de Madrid y que también pudo entrevistar a Trotsky.

La lista de todas aquellas ilustres desconocidas es larga y merece recuerdos mayores. Europa exhibe ejemplos extraordinarios. Pero nuestra intención ahora es enfatizar la pregunta: ¿por qué los historiadores del periodismo, salvo mínimas excepciones, ocultaron el rol de las mujeres más allá de las recetas de cocina, los consejos sentimentales, poesías, ensayos amables que no rozaran la política?

La misma interrogante vale para nuestro periodismo que registra, a lo largo de más de doscientos años, centenares de firmas femeninas, resaltando excepciones como Zoila Aurora de Cáceres. Pero siempre nos preguntaremos: ¿por qué no conocemos textos de mujeres sobre la Guerra del Pacífico, de la invasión chilena? Solo tenemos noticia de la jovencita María Nieves que residía en el Cusco cuando se difundió por todo el país la noticia de la muerte de Miguel Grau y la captura del Huáscar. Cuenta su biógrafo, Manuel Zanutelli, que María describió el pesar y la reacción de cusqueños y arequipeños en dramáticas y vívidas cartas a su padre, un abogado arequipeño, quien autorizó su publicación y distribución masiva. Luego ella se dedicó al periodismo y a la literatura con numerosos textos publicados en diarios y revistas de Arequipa y en Lima en el famoso *El Perú Ilustrado*.

La acción de las mujeres peruanas en la Guerra del Pacífico está centrada en la participación de cocineras, enfermeras y «rabonas», las acompañantes de los soldados. En Chile, a las mujeres de la guerra las llamaban «cantineras» y eran tan apreciadas que les permitieron fundar en 1881, en Valparaíso, el periódico «La Cantinera», donde se publicaron sesgados relatos de batallas. Agregaremos solamente que una rabona huancaína que se tornó guerrillera fue reconocida como heroína. Así, Leonor Ordóñez es

la única mujer cuyos restos reposan en la Cripta de los Héroes del viejo cementerio limeño.

Fue la televisión la que finalmente dio rostro masivo a las periodistas, pese a que se reconocía casos notables anteriores como Angela Ramos y una serie más que han resaltado Aída Balta en su *Presencia de la mujer en el periodismo escrito peruano.1821-1960* y Sonia Luz Carrillo en varios trabajos. En la década de los años 60 y 70, las mujeres acompañaron con eficacia tal a los colegas masculinos que pronto fueron convocadas para liderar los noticieros. Pionera fue quizá Jenny Vásquez Solís que condujo, sola, «El Pueblo quiere saber» en tiempos revolucionarios.

No es el momento de historiar la presencia femenina en el periodismo, en muchos casos decisiva. Pero valen los ejemplos para demostrar, como lo hace ahora Christiane, que ellas estuvieron siempre en la cruzada de las noticias, codo a codo con los grandes reporteros y en lugares en que, se podría decir, se jugaban la vida. ¿Es posible demostrar esto?

Christiane Félip Vidal nos ha dado la respuesta en las historias que nos cuenta, cronicando y entrevistando con maestría a seis reporteras que visitaron aquel territorio comanche y regresaron para probarnos que ellas suelen superar a colegas que ya no pueden presumir que la cobertura de guerra es exclusivo territorio masculino.

JUAN GARGUREVICH  
Lima, marzo del 2020

*Mi especial agradecimiento a Gabriel Gargurevich Pazos por su atenta lectura  
de los perfiles y sus invalorable consejos*

*[...] la pluma, la cámara, el papel, la palabra no matan,  
como las balas o los cuchillos*

HUGO BUSTÍOS  
(carta escrita a su hija pocos días  
antes de su asesinato)



**PATRICIA CASTRO OBANDO**

## **Cada cual con su montura**

23 de agosto de 2018. Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Patricia Castro Obando da una charla magistral titulada «Una comunicadora PUCP en China». A modo de introducción, ha proyectado una foto tomada en la provincia china de Yunnan. Se le ve montando un yak cuyo largo pelaje lanoso mojan las aguas del lago Lugu. A lo lejos, cortan la línea de horizonte las manchas oscuras de unos islotes. El color crema del yak y la manta colorida de su lomo destacan sobre el gris del agua, del cielo y de los islotes.

En la foto, Patricia sonríe. También sonríe al comentar que, si tuviera que elegir alguna descripción gráfica sobre su vida, escogería aquella foto donde se le ve muy pequeña sobre un imponente yak, porque el yak representa simbólicamente lo que la sostiene desde hace años, algo que le ha dado estabilidad y le ha permitido avanzar a pesar de las muchas dificultades a las que se tuvo que enfrentar. «Todo ese lago representa las dificultades que uno encuentra —dice—, y los islotes del fondo son las metas por alcanzar». Aclara que, a veces, ni siquiera había islote, o este desaparecía en la neblina, pero había que seguir avanzando.

Y así fue, desde siempre.

Su familia fue su primer yak: un yak sólido, de apoyo incondicional. Hija de una familia emergente, con un padre tajador de muelle que registraba en el Callao la llegada de los barcos y siempre le compraba libros, y una madre ama de casa dedicada a la crianza de los hijos, creció en un hogar que valoraba el esfuerzo y el tesón, dos características que la definen perfectamente. Lo demostró al iniciar al mismo tiempo estudios universitarios que poco tenían que ver entre sí: Letras y Veterinaria. Inicialmente había pensado en estudiar Literatura sin que le importara adonde la llevaría. Le gustaba leer, le gustaba escribir y pensaba que estudiar

Letras le proporcionaría los medios para hacerlo. Pero también le gustaban los animales. ¿Entonces? ¿Por qué no ambas especialidades al mismo tiempo?

Ante su determinación, su padre, él mismo buen lector y amante como ella de los animales, dijo: «Bueno, si eso quieres, hazlo, y después de un año de estudiar ambas carreras, vas a saber cuál escoger». Ella fue la primera generación de su familia en acceder a la universidad, luego le siguió su hermana, en Ingeniería.

Patricia dice que el destino muchas veces decidió por ella. El destino había querido que la familia viviera en Residencial Callao, cerca de la Pontificia Universidad Católica del Perú, así que, desde tiempo atrás, ella había declarado que la PUCP sería su casa de estudios. Su segunda casa a partir de 1989. Así la definió en la charla del 23 de agosto de 2018. Y así sigue siendo ahora. Recibió ahí la formación intelectual y profesional con la que forjó su carrera de periodista, aunque en los primeros años estaba lejos de sospechar que el futuro resultaría distinto al de sus sueños adolescentes.

Ingresó primero a Letras y, un año después, a Veterinaria en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Le gustaba estudiar, sacaba buenas notas y, a pesar del cruce de horarios, le fue posible llevar a la par ambas disciplinas. Pasó un año, pasaron dos, luego tres y, no lograba escoger.

Fue el destino el que, una vez más, pero de manera brutal, eligió por ella. La muerte del padre y la necesidad de recurrir a trabajos temporales la llevaron a quedarse con Letras, cuyos estudios estaba a punto de concluir, mientras le faltaba todavía un año para terminar Veterinaria.

Entonces la suerte cambió. Ganó un concurso de ensayos que, además de un premio de mil soles, ofrecía prácticas pagadas en el diario *El Comercio*. Entró a trabajar en el verano de 1994 para apoyar en la sección cultural, con un horario que le permitía cumplir con los últimos meses de estudios universitarios. Las horas extras eran por voluntad propia: llegaba antes que todos y se quedaba hasta la noche. Quería compensar el hecho de no haber estudiado Comunicaciones, pues sentía que había mucho por aprender. *El Comercio* se volvió su tercera casa.